AÑO II — BUENOS AIRES, 13 DE AGOSTO DE 1923 — N.o 62

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

LAS MAÑAS DEL REFORMISMO

Con harta frecuencia nos salen al paso los defensores del sindicalismo neutro, para reprocharnos nuestro divisionismo y nuestra intransigencia doctrinaria. Pero esos dirigentes y usufructuarios de organizaciones obreras cuya impotencia nadie discute, pese a su pretendido "anarquismo nuevo" y a su cómoda y utilitaria teoría de la unidad proletaria, jamás defienden su concepción del movimiento obrero con ideas propias o la relación de hechos objetivos que la valoricen.

Para historiar el movimiento proletario de la Argentina, en lo que tiene de vital y consciente y en lo que representa para el desarrollo de la propaganda revolucionaria y su conexión espiritual con la lucha de los demás pueblos de Europa y América, es necesario tomar por base a la Federación Obrera Regional Argentina, sus luchas de más de treinta años y sus intransigencias en el terreno de la doctrina. Y fuera de esa realidad y de las experiencias que se desprenden del movimiento obrero orientado por los anarquistas, no es posible encontrar en el país un símil ideológico que sirva de punto de comparación para el estudio de las organizaciones que llegaron a representar un factor decisivo en la marcha de los acontecimientos sociales de esta parte del continente.

Los sindicalistas criollos, puros o impuros, que se empeñaron en fomentar la tendencia neutra en el movimiento obrero, saben demasiado que no pueden presentarnos un modelo de organización revolucionaria en los sucesivos nombres que sirvieron para disfrazar la gangrena del reformismo sindical. Por eso olvidan el orígen de esa tendencia incubada en el Partido Socialista y tratan de borrar la historia de traiciones y felonías que coronaron la desgraciada existencia de aquella Unión General de Trabajadores, transformada más tarde en Confederación Obrera Regional Argentina, para seguir, después de un desesperado esfuerzo por absorber a la F. O. R. A., la trayectoria reformista cuya última máscara es la U. S. A.

A través de sus diversas transformaciones el sindicalismo neutro nada ganó en fuerzas conscientes ni en definiciones ideológicas. Más bien esos cambios de etiquetas respondían a un deseo de adaptarse a exigencias del momento y al vano propósito de absorber al movimiento obrero anarquista, resultando que al aumento de confusionismo en la doctrina aceptada por los sindicalistas criollos respondía la debilidad orgánica de la institución que pretendían fortalecer con todos los desechos de los partidos políticos y de las agrupaciones libertarias. ¿Y no está el fracaso de esa tendencia en la constante necesidad que sienten sus dirigentes de atraerse a elementos que puedan favorecer sus planes confusionistas?

Las raquíticas fuerzas del sindicalismo neutro se fortalecieron, con las diversas tentativas de unificación obrera, a costa de la F. O. R. A. y del anarquismo. Y hasta el mismo nombre de la organización obrera revolucionaria — aunque no su historia y el espíritu que la animó y la anima en sus luchas contra los enemigos de la libertad —, fué usurpado por los sindicalistas criollos, creyendo que con estas cuatro iniciales que constituyen una página gloriosa del movimiento revolucionario internacional — F. O. R. A. —, valorizarían su pobreza de espíritu y se reivindicarían de todas sus traiciones.

Los nombres, si se les vacía su contenido ideológico, el espíritu que los anima y la energía que los vitaliza, se convierten en un fantasma. Después de algunos años de incursiones al campo de la legalidad, de arreglos vergonzosos e indignas maniobras que culminaron con el engaño y la traición, los sindicalistas criollos se encontraron con un nombre que carecía hasta de sombra... Y debieron abandonarlo, después de una nueva tentativa de absorber el verdadero movimiento obrero que encarnaba la verdadera y revolucionaria F.O.R.A.

El fracaso tantas veces experimentado por los defensores del sindicalismo neutro, no les impide hablar de la historia de nuestra organización como de algo propio y lógicamente entrelazado al raquítico movimiento que ellos representan. Pero si bien es cierto que la mayoría de los sindicalistas criollos proceden de nuestro campo y fueron en un tiempo adversarios irreductibles del neutralismo ideológico, nadie duda en la fijación del proceso histórico seguido por las dos tendencias sindicales de este país. La U. S. A. es la reencarnación de la primitiva U. G. T., incubada en el partido socialista para dividir a la clase trabajadora, y la F. O. R. A. es la organización obrera anarquista que pudo sobrevivir a todas las reacciones estatales y a todas las maniobras absorcionistas y confusionistas de los aspirantes a jefes del proletariado.

Las mañas del reformismo no están solamente en ese cambio de disfraces y de caretas. Como esa tendencia neutra es una degeneración de nuestro movimiento y a título de anarquistas esos renegados se convierten en burócratas y jefes de la parte del proletariado que tiene menos capacidad y conciencia revolucionarias, sucede que los enemigos de la ideología en los sindicatos obreros buscan argumentos para valorizar su tendencia en opiniones de compañeros de Europa y en la orientación general del movimiento proletario europeo. Se les podría objetar que el sindicalismo revolucionario, en países donde los anarquistas han hecho práctica de la abstracción doctrinaria y defienden el principio de la neutralidad ideológica, nada tiene de común con este sindicalismo criollo que pacta con los gobiernos, felicita a funcionarios policiales, soluciona huelgas en gabinetes ministeriales y está por intereses y por tradición frente a todo lo que represente un elemento subversivo y lleve en sí el germen de la indisciplina.

Pero aceptemos que nuestros sindicalistas sean iguales a los de todas partes. ¿Conseguirán con ello borrar su orígen reformista y hacernos olvidar su negra historia de cobardías y traiciones? ¿Lograrán siquiera modificar su posición en el movimiento obrero y renovar espiritualmente una tendencia que nada pesa en el proceso social de este país y en el desarrollo de la conciencia y la mentalidad de nuestro proletariado?

No esperéis que los unionistas de la última hornada, herederos del viejo espíritu camaleón, y depositarios de ese cachibache sindical recientemente disfrazado con un nuevo nombre, salgan a la palestra para defender su tendencia neutra de acuerdo con hechos reales y exposiciones objetivas sobre la historia de nuestro proletariado. Los dirigentes de la U. S. A. saben que nada podrán sacar de ese montón de escombros que sirvieron de material para reedificar la caduca tendencia camaleónica. Pero si tienen audacia suficiente para buscar, en opiniones de compañeros que están espiritualmente muy lejos de ellos, la coincidencia en la forma de apreciar los problemas que tienen relación con la táctica del sindicalismo y con la actividad de los

EL INMIGRANTE IDEAL

—Dentrá nomás, tenés tuitos los requisitos para ser un extranjero de orden... (Escena futura, cuando se apruebe el proyecto de ley sobre extranjeros del P. E.)

anarquistas en el movimiento obrero.

En el órgano oficial de la U. S. A., en primer página y con un título sugestivo, se ha transcripto una parte del artículo polémico del compañero Luis Fabbri, publicado en este SUPLEMENTO. Las opiniones del camarada Fabbri, que fueron refutadas en parte — en lo que respecta a la concepción de la unidad obrera y a la actividad de los anarquistas en el movimiento proletario —, desde estas mismas columnas, sirven de argumento a los renegados y traidores del anarquismo para justificar sus desvergüenzas y sus desmedidas ambiciones de jefecillos obreros. ¿Qué tienen de común esos sujetos con el crítico impenitente del bolcheviquismo y el propagador consecuente de las ideas anarquistas en el período confusionista porque atravesó la propaganda revolucionaria en Europa y en América? Nada. Pero con su impudicia de eternos mixtificadores, aislan párrafos de un largo estudio del compañero Fabbri y aplican sus conclusiones a la manera de cataplasma que sirva para curar la sarna dictatorial y la gangrena reformista que corroen las endébles fuerzas del sindicalismo criollo.

Es fácil comprender por qué esos ex anarquistas pretenden colocar frente a nosotros al compañero Luis Fabbri. Al descubrir esa coincidencia entre la opinión que Fabbri tiene de la unidad de clase y de las actividades de los anarquistas en el movimiento obrero y el criterio neutral que ellos defienden para proclamar la guerra a las ideas, suponen que así justifican y valorizan toda su tendencia reformista. "Nosotros, dicen, no hacemos otra cosa que seguir las orientaciones trazadas por los más esclarecidos teóricos del anarquismo". Y quieren con esa declaración dejar sentada la pretendida consecuencia con el espíritu anarquista, mientras en su diaria labor conspiran contra la integridad de las ideas y realizan actos que son la negación más rotunda de su alegada fe.

No nos sorprende esa curiosa salida de nuestros expertos y astutos camaleones. Pero destacamos una de sus mañas — que es la que con más frecuencia emplean para "demostrar" su coincidencia con los orientadores del movimiento revolucionario europeo —, a fin de que se vea hasta donde pueden llegar los enemigos del anarquismo en sus múltiples y variados disfraces revolucionarios.

LA REVOLUCION ANARQUISTA

Se discute actualmente la misión de los anarquistas en la próxima revolución y, como siempre, vemos surgir estas dos afirmaciones:

"La revolución social será anarquista o no será", dicen unos; "a la anarquía llegaremos mediante una serie de transiciones" concluyen los otros: ¿Cuál de esas dos conclusiones se acerca más a la nuestra, cuál de ellas armoniza más con nuestra manera de interpretar el problema? Sin duda alguna la primera: "La revolución social será anarquista o no será". A los que defienden esta concepción, se les llama anarquistas "puros"; los partidarios de la segunda manera de ver se llaman a sí mismos anarco-sindicalistas, anarquistas nuevos, anarquistas prácticos, etc., etc. Para simplificar adoptemos esta terminología que responde a la división real de las fuerzas actuales del anarquismo: llamemos "anarquistas puros" a los partidarios de la primera conclusión y "anarquistas nuevos" a los que sostienen la segunda. Los anarquistas puros tienen fama de ser sectarios y de no haber superado aun el anarquismo tradicional. Por poco que examinemos la cuestión veremos que los únicos anarquistas viejos son los que se bautizan de nuevos, ya que su ideología arraiga en las supersticiones libertarias del pasado. He aquí los agravios recíprocos:

Los anarquistas puros reprochan a los nuevos una degradación autoritaria más o menos sensible, pues reniegan del postulado de la libertad con distintos pretextos, sea reconociendo francamente la necesidad de una dictadura bienhechora más o menos transitoria, sea simulando el autoritarismo en formas de organización y en sistemas económicos diversos. Fundamentan su abdicación — porque es realmente una abdicación la de los anarquistas nuevos — principalmente en el altar de "la continuidad de la producción y de la vida económica al día siguiente de la revolución." Se apoyan en la creencia, firmemente arraigada en ellos, como en todos los espíritus autoritarios de que los pueblos serán incapaces de abrir por su propio impulso una brecha hacia el futuro y de que necesitan la luz de las inteligencias directoras para saber comportarse en el período preparatorio y en el período activo de la revolución; en realidad, los anarquistas nuevos no prestigian una revolución que salga de las líneas generales de toda revolución política, es decir, dirigida desde fuera de las masas revolucionarias; toda *teoría directriz* de la revolución es un producto ajeno a la mente colectiva, es fruto de la ilusión autoritaria; las masas van a la revolución sin un programa previo de construcciones y de realizaciones.

Lo que quieren los anarquistas nuevos se divide en dos o más aspiraciones: el fin inmediato, y el fin remoto o último. En el fin remoto estamos todos de acuerdo, todos queremos una sociedad en que no haya tiranos ni tiranizados, capitalistas ni proletarios, razas enemigas, clases inconciliables, en que todos los hombres anudarán sus relaciones libremente sobre la base de la solidaridad y del amor recíproco. Pero los anarquistas nuevos, lo mismo que Lenin, lo mismo que Vandervelde, etc., aseguran que ese fin remoto no podrá alcanzarse de la noche a la mañana y que habrá necesidad de atravesar distintas etapas evolutivas; para Vandervelde una etapa evolutiva es la colaboración en un ministerio monárquico, para Lenin la instauración de la república sovietista de los obreros y campesinos... para los anarquistas nuevos la dictadura del trabajo, sin necesidad de los partidos políticos, o la "reglamentación económica y social de la revolución social por las organizaciones económicas obreras y campesinas". Ese período de transición es una fuente de desviaciones reformistas y autoritarias, y no puede ser superado más que por medio de la autoridad, según todos los teóricos de ese período fantástico, que nuestros enemigos califican de escollo en que se estrellan las divagaciones idealistas de los anarquistas puros. Aun en el caso de la reglamentación económica y social de la vida constructiva, nombre con que Schapiro disfraza la dictadura de los sindicatos, observamos que la libre iniciativa no tiene campo de acción más que si se somete a ciertas formalidades preestablecidas por la omnisapiencia de los anarco-sindicalistas y de sus próximos parientes los sindicalistas revolucionarios. Pero en la sociedad capitalista tenemos también un márgen para la libre iniciativa, y sin embargo pregonamos que las condiciones de la vida en el mundo burgués no permiten bajo ninguna forma la libre expansión de las fuerzas creadoras, so pena de que nos conformemos con la libertad establecida en los códigos y que se reduce a la libertad de no obrar de modo perjudicial a los intereses de las clases privilegiadas imperantes. Los anarquistas nuevos introducen en su período de transición una máquina estatal a la que deberían, tarde o temprano, sacrificar sus buenas intenciones y sus propósitos de pasar lo antes posible ese puente metafísico entre el pasado autoritario y el porvenir de libertad No dudamos de la buena voluntad de los anarquistas nuevos, pero tampoco negamos la buena voluntad de todos los revolucionarios, desde Solón hasta Trotzky. ¿O es que hemos de suponer que Lutero, que Robespierre, que Babeuf, que Marx han sido hombres de intenciones perversas, inspirados, no por un deseo de obrar bien, sino por el contrario, por el pensamiento malvado de causar la infelicidad de los pueblos y continuar bajo otras formas su esclavitud y su miseria? Hasta queremos opinar que el mismo Napoleón no carecía de intenciones altruistas cuando se creía, como se cree hoy Trotzky, defensor militar de la revolución. Pero el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones, y éstas no son una garantía suficiente; es preciso también contar con los hechos prácticos que las justifiquen y realicen. El período transitorio crea un aparato de reglamentación y de mando que adormece la actividad espontánea de las masas en lugar de fomentarla y de provocarla por todos los medios. Este es el gran peligro. Para nosotros una revolución social se detiene allí donde las masas revolucionarias cesan su labor destructiva y se entregan a un poder cualquiera que las dirija, que piense por ellas y les marque un rumbo a seguir. Los anarquistas nuevos, partiendo de la necesidad de un período en que los pueblos serán todavía dirigidos para tentar en las tinieblas los derroteros del porvenir anarquista, revelan toda su naturaleza al responder a la misión que, según ellos, deben ejecutar los anarquistas en ese momento en que todos los partidos políticos autoritarios acecharán la ocasión para lanzarse sobre la presa apetitosa que simbolizan las masas revolucionarias; ellos dicen que debemos ocupar, o procurar ocupar por todos los medios la función de dirigentes conscientes de la dictadura sindical o de la reglamentación económica y social por las organizaciones económicas. Se imaginan, como todos los gobernantes en su primera época de idealismo, que siendo nosotros los guías, los directores, la humanidad pasará el puente que nos separa del futuro, y nos priva de una existencia dichosa en el paraíso comunista libertario integral, más pronto y más fácilmente.

Es indudable que ese camino nos volvería después de una trayectoria más o menos larga al punto de partida, porque supone siempre que la revolución han de hacerla las minorías dirigentes y no las grandes masas populares, es decir, que la revolución será la realización de un programa trazado y discutido con toda serie de datos, de cifras y de consideraciones por los diversos partidos llamados revolucionarios, y no un hecho destructor y creador muy por encima de todos los programas y previsiones. En una palabra, a la anarquía no se irá jamás por los caminos torcidos del autoritarismo, ni en una ni en un millar de etapas transitorias, de períodos pasajeros, de puentes, etc. No hay más que un período de transición a la anarquía: el que nos separa de la acción revolucionaria efectiva, el que nos separa de la actividad de las masas populares insurreccionadas contra los poderes del mal y del error que las esclavizan. El período transitorio es el que vivimos hoy, el que viviremos hasta que logremos arrancar a los pueblos de su pusilidad e incitarlos a levantarse y andar. Lo que los pueblos destruyan y erijan con sus propias manos, no podrá menos de ser anárquico, porque será algo viviente y real, animado con un soplo de vida de que están privadas todas las instituciones de la sociedad capitalista creadas por el método de la autoridad, desde arriba.

Los anarquistas "nuevos" dicen que los "puros" son sectarios irreductibles al no hacer concesión alguna al reconocimiento de grados distintos de evolución en el establecimiento de la anarquía. Querer implantar el anarquismo comunista de la noche a la mañana con toda la perfección prevista por sus teóricos en épocas en que la revolución no llamaba a nuestras puertas es una locura que nos condena a no ejercer acción alguna en la próxima transformación social; agregan que eso sería reducirnos a simples revolucionarios del año dos mil..., a meros propagadores de las escuelas racionalistas, a una secta sin proyecciones sociales serias.

Comencemos por adelantar que no conocemos a nadie que sostenga que la próxima revolución será comunista anarquista, que realizará sobre la tierra los ensueños de *La conquista del pan* de Pedro Kropotkin. Los anarquistas puros no caen en la ingenuidad de querer predecir y prefijar a una revolución social los derroteros de su porvenir; aunque fueran bastante numerosos para imprimirle una orientación o someterla a su capricho — como estarían dispuestos a hacerlo los comunistas, los anarquistas nuevos u otra fracción autoritaria cualquiera — renunciarían a ello, dado que *su misión no es hacer la revolución sino provocarla en las masas populares.* No podemos conformar el porvenir social a nuestros deseos, porque no sólo somos nosotros los miembros de la comunidad, sino que en ella somos una minoría, y la vida social debe ajustarse más a las determinaciones de la mayoría que a las de la minoría. Lo que nosotros consideramos bueno puede ser perjudicial para el prójimo, pero lo que construya la vida misma, lo que surja espontáneamente de la revolución, eso será la verdad, por muy imperfecto que sea en comparación con lo que nosotros hubiéramos querido construir.

No tenemos ningún programa de futuro a que someternos. Sabemos que la vida misma superará con mucho las mezquindades del articulado de un programa de futuras realidades; además no somos nosotros, no debemos ser nosotros los que digamos la última palabra en las decisiones de las masas revolucionarias, sino que son estas mismas las que habrán de decidir y elaborar las condiciones de su propia existencia. Los anarquistas puros están lejos de afirmar que la revolución próxima o cualquier revolución, ha de cumplir las previsiones kropotkinianas; pero sin embargo dicen que la revolución social que no sea anárquica no será revolución; por revolución anárquica no entiendén su ajustamiento a un programa trazado por los anarquistas, sino el libre expansionamiento de todas las fuerzas sociales destructoras y creadoras, la reconstrucción de la vida de la sociedad al margen de toda prescripción autoritaria y de toda imposición de un poder cualquiera. La anarquía se establecerá al día siguiente de la revolución, durante la revolución misma, siempre que se consiga despertar las masas y excitarlas a edificar el porvenir por su propia cuenta, sin ingerencia de ningún poder autoritario. Nuestra misión no puede ser otra que la de estimular y provocar la revolución, combatir su estancamiento o sus desviaciones, sin recurrir jamás al instrumento de la dictadura, porque la dictadura crea los males que nos proponíamos extirpar para siempre. Individualmente tenemos derecho a experimentar el sistema del comunismo anárquisco y a hacer del ejemplo el argumento más decisivo paa inclinar a los pueblos a seguir nuestro camino; pero si quisiéramos imponer a las masas la aceptación y el establecimiento de nuestras ideas, haríamos odioso nuestro comunismo, porque lo reduciríamos a simple comunismo autoritario, ya que la libertad no se impone, sino que nace de la libertad misma. No podremos predecir los resultados positivos de una revolución social, pero sí no son anárquicos, si no han dado muerte a las instituciones autoritarias, si no han reanudado las relaciones sociales sobre una base libre, aseguramos que tal revolución ha seguido una falsa ruta y que se ha extraviado y perdido.

Nuestra fe en el espíritu de libertad de los pueblos es tan grande que para que la revolución sea anárquica no nos preparamos a orientarla en este o en el otro sentido; no queremos más que provocarla y evitar que sea desviada por los partidos políticos y por los autoritarios en general. La misión que nos atribuimos en una revolución no es la de legisladores ni la de directores o jefes; es sencillamente la de provocadores de la actividad revolucionaria de las masas. Trabajaremos para la revolución anarquista, no para su estancamiento en un período transitorio en que será sofocada y confiscada; pero nuestra revolución anarquista no la haremos nosotros, los anarquistas sino las masas populares; y es por esto que nos distinguimos de los creyentes en el estatalismo. En algunos países somos bastante numerosos como para hacer pesar en el proletariado y en una revolución nuestra voluntad; pero no por eso defenderemos jamás la tesis de que debemos hacer uso de nuestro predominio para dirigir la revolución según nuestros deseos. La doctrina de una revolución no está en los libros ni se expresa en manuales teóricos; surje naturalmente de las circunstancias y de la vida y puede sobrepasar a los sueños más atrevidos. Una revolución que logre desasirse de las redes autoritarias será anárquica, porque el Estado y sus instituciones de violencia no son organismos sociales, sino aparatos de opresión de una clase privilegiada que necesitan la violencia, la injusticia y el crimen para existir. En la libertad los pueblos no levantarán un Estado, por ejemplo; las razones prácticas de la vida les llevarán hacia horizontes no empañados por los males del pasado de privilegios y desigualdades. Para demostrarlo, obremos en la próxima revolución de acuerdo a nuestros principios, sin abdicarlos en ningún momento. Todo el pasado nos señala que las revoluciones se perdieron al ser sometidas a la superstición de la autoridad. ¿Es que no tenemos derecho a reclamar una experiencia de revolución en el terreno de la absoluta libertad? Los anarquistas nuevos renuncian a esa experiencia, han perdido su confianza en la revolución libertaria, han rechazado como un prejuicio pequeño-burgués la libre iniciativa, el valor de las masas populares en la construcción de la sociedad del porvenir. Bien, nosotros sigamos enarbolando los principios del anarquismo tradicional. Pero sin olvidar la crítica más detallada de las desviaciones y de los peligros del autoritarismo. La gran mayoría de los anarquistas nuevos volverán al anarquismo, y tanto en el exámen de sus errores como en el reconocimiento por parte de ellos de la certeza de nuestro juicio yace la posibilidad de que ese retorno se realice pronto.

D. A. de SANTILLÁN

Madre!

LA PROPIA EMOCION

Para producir una obra bella es necesario que el artista se apropie, ante todo, el asunto, y que le deje obrar por su sentimiento y ser elaborado por él. Todas las concepciones de la razón desaparecen entonces; el hombre no parece dueño de su obra, es su obra la que se apodera de él. Una imagen armoniosa y verdadera se forma de golpe, confusa al principio y detallándose poco a poco, a medida que la inteligencia la contempla y se apodera de ella. Esa imagen se hace cada día más clara y más distinta, hasta que, madurada por la vida, obsesiona al artista y exige su realización. Se ha convertido en un verdadero ser vivo, y toda vida tiende a encarnar. Entonces todo es alegría y dicha en la realización de la obra, es la alegría de la madre que siente nacer a su hijo.

Ua obra concebida así, obra en nosotros de una manera espontánea e inmediata. Lo bello no es la consecuencia lógica de un razonamiento; se apodera de nosotros, nos agarra, si se puede emplear esta palabra, y obra directamente como si existiera un parentesco secreto entre la imagen que se presenta a nuestros ojos y la que nosotros mismos podemos crear.

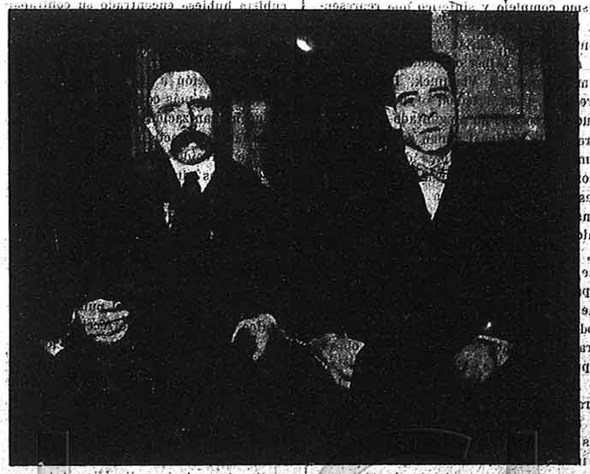
Entre el alma del artista y la nuestra, se establece una casta unidad de forma, una misteriosa solidaridad. Una emoción extraña se apodera de nosotros. La verdad de la obra se impone en nuestro espíritu como un axioma; cuanto más estudiamos las formas, más se ensancha y adquiere vivacidad el sentimiento inicial. Se desea ver de nuevo la belleza. Antes de juzgar como crítico la razón, juzga nuestro sentimiento, y frecuentemente, como ocurre en la música, aquella es incapaz de fallar por otra cosa que por la impresión sentida; lo que la imaginación del artista reproduce es su propia emoción, y toda obra ejecutada sin intervención de ella es producto de la industria y no del arte.

GAUCKLER

Pro Sacco y Vanzetti

UNA CARTA DE HAN RYNER

No pudiendo asistir por hallarse enfermo, a un mitin de protesta organizado por la Unión de los Sindicatos del Sena y el Comité de Defensa Social, en París, pro Sacco y Vanzetti y de 172 ahorcados en la India Inglesa, Han Ryner envió la emocionante adhesión que traducimos porque nos es profundamente reconfortante, por firmarla el gran escritor que la firma y para vergüenza de tanto escritorzuelo como tenemos por aquí que, una vez que alcanzan a cotizar sus pavadas en las innumerables, inocuas y mercantilistas revistas que nos inundan, abandonan las ideas "utópicas", la "chusma" y la "justicia simplista" para cultivar exclusivamente el mondongo. ¡Pero qué va a sentir vergüenza esa canalla!



Vanzetti y Sacco al ser conducidos al tribunal

Camaradas:

Me veo obligado a hacer un llamado a toda mi filosofía para no llorar por encontrarme esta noche lejos de ustedes. Es una desgracia sentirse paralizado por los años y la enfermedad cuando se quisiera obedecer al propio corazón como vosotros obedecéis al vuestro.

Al corazón y a la razón. Dos años, he aquí dos años que la inocencia de Sacco y Vanzetti está demostrada. La Bestia de América, la Autoridad, mal disfrazada con el nombre de Justicia, tuvo que retroceder una primera vez ante demasiada luz. Pero a los que no se atrevió a matar de un solo golpe los está devorando hipócritamente.

Otros os dirán cosas mejores, como yo no las diría, os las demostrarán en una forma más patética.

Bajo el rayo y la fuerza de sus palabras veréis a los dos camaradas de allá lejos, devorados por la Bestia, perseguidos, torturados hasta la desesperación. Oiréis sus gritos de angustia: ¡La libertad o la muerte!

Sacco no se ha detenido en el grito. Su dolor y su decisión han ido hasta el gesto más perseverante y mortal. Con una voluntad áspera y sin vértigos, ha descendido, como dice el poeta, la espiral de un lento suicidio. Treinta días, camaradas, treinta días de huelga de hambre... Sin embargo, la Bestia hipócrita gozaba con los sufrimientos de un prisionero inocente. Y espiaba los delirios de la agonía para llamarla locura y para alimentar con la infame sonda exofágica al que tiene hambre y sed de justicia.

Se le hace ascender dolorosamente la horrible espiral que habría dolorosamente descendido.

"¡La libertad o la muerte!"

—Sí, responden los chacales, la muerte, puesto que eres inocente y que no piensas como nosotros. Pero no la muerte después de un sólo mes de torturas del hambre. Nosotros queremos que agonices y que, como quien dice, mueras varias veces.

Que el Universo responda con el grito necesario: "¡La libertad! ¡La libertad de los inocentes!"

Que todas las conciencias despierten ante el gran clamor indispensable. Que la Bestia sienta el espanto de oírnos. Intimémosle con toda nuestra energía: "¡Basta! Las víctimas de la gran carnicería, y de la vasta reacción mundial que la ha seguido, bastan. Digeridlas, oh gobernantes de todas partes, oh jueces de todas las justicias de casta y de mercantilismo. Nosotros no queremos más que hagáis más cadáveres. Escuchad, ved, comprended. El buen sentido, la verdad, la conciencia, el corazón vuelven a tomar sus derechos. La reacción ha concluído, la marcha hacia adelante comienza, va a expandirse. Pronto será irresistible y los obstáculos quedarán detrás de ella, aplastados, pulverizados. ¡Cuánto peor para los que persistan en ser obstáculos!"

¡Abajo los persecutores de inocentes! ¡Vivan Sacco y Vanzetti!

HAN RYNER

PAGINA DE ARTE

El arte francés en el salón de otoño de 1923

Leemos en *L'Amour de L'art* firmado por George Valdemar:

El Salón de las Tullerías es un organismo complejo y sintético que representa todas las tendencias del arte francés contemporáneo. En él se encuentra tanto a Menard, Alberto Mesnard y Lucien Simon como a Vlaminck, Dufresne y Fresnaye. Confrontación o yustaposición. Muchas veces se ha preguntado si los pintores de la National ganan con este acercamiento con los pintores del Salón de Otoño. Sean las que fueren las consecuencias presentes o futuras de esta unión, constatemos que el principio del Salón único no es una vana utopía. Salvo Picaso, Matisse Enrique, Derain, Jorge Braque, Bonnard y y Rouald, salvo Maillol, Lipschitz y Brankusi, todos los artistas que valen algo exponen en las Tullerías. Podemos, por lo tanto, sin cometer una grave injusticia, estudiar en las obras expuestas en este Salón las tendencias de la pintura moderna. ¿Cuáles son las características de esta pintura tan rica de recursos y de talentos jóvenes? Apenas entrados en el Salón de las Tullerías, se nota en la mayoría de los pintores una tenaz voluntad por volver a las fuentes tradicionales. La reacción contra el impresionismo, que se manifestó primeramente en Cézanne, y en Seurat, con en-

FAVORY — Desnudo.

sayos de revisión de los valores plásticos, se traduce en nuestros días en vanas tentativas por reanudar el hilo de las perdidas tradiciones. Todos los jóvenes pintores tratan de *hacer cuadros*. Tal es el fin único de su trabajo. Estos pintores cuya mayor parte no son artistas, sino simples ténicos, ejercen su oficio como artesanos. ¿Qué es lo que tienen que decir, qué pensamiento plástico, qué sentimiento, qué estado mental expresan e ilustran sus cuadros sin alma? ¿Qué nos aportan y cuál puede ser su contribución al arte contemporáneo?

Sin duda, esta ola de materialismo que inunda desde el fin de la guerra a la joven pintura francesa, constituye un síntoma normal. Se podía, hasta debía esperarse que la obra austera de introspección cubista hubiese encontrado su contraparte en una forma de expresión artística, si no más libre, pues cubismo significa libertad, la libertad en relación al sujeto y subordinación a las leyes del cuadro, por lo menos más concreta y sensorial.

Una humanización de ciertas fórmulas, demasiado abstractas para el público, nos hubiese parecido como un fenómeno natural. Pero los pintores materialistas franceses han ido más lejos en el camino del renunciamiento de las conquistas estéticas y técnicas de sus antepasados. Repudiaron el lirismo plástico y el lenguaje sutil de alusiones y relaciones que hacían el encanto de cierta pintura anterior a la guerra. Desde el punto de vista técnico aspiran a la perfección, pretenden alcanzar a los maestros de los Museos: Flamencos y Venecianos. Las investigaciones obstinadas de un Vicente Van Gogh, de un Matisse, de un Braque, de un Picaso los dejan indiferentes. Encontrar el sentido de la forma y de la bella materia, o el sentimiento del contorno lineal, es decir, caligráfico, tal es su preocupación, tal es su finalidad. Quiero decir que esos pintores realizan; ¿pero qué importan sus realizaciones si, de antemano, descartan de su camino todo obstáculo, si, en lugar de resolver los problemas pictorales, se conforman con desflorarlos solamente? Se habla así de un nuevo clasicismo ante obras de un estilo académico. Tal confusión es más bien lamentable. No existe un estilo clásico, propiamente hablando. Pero existe un espíritu clásico que no es el de nuestros "constructores" virtuosos de procedimientos. Clasicismo no quiere decir conformidad con la realidad visual de la generalidad.

Digamos para concluir que nada justifica esa pretendida conciencia profesional de los pintores que pretenden dominar la forma. Después del heróico trabajo de sondeo, de análisis y de reconstrucción, emprendido y realizado por un Picaso y por un Braque, después del humilde y ferviente esfuerzo de un Aduanero que se anulaba delante del objeto tratado, iba a escribir: recapitulado en su verdad táctil y objetiva, era necesario hacer algo más que imitar, como lo intenta un Teófilo Robert, sea a los discípulos de Ingres, sea a los retratistas cuatrocentistas toscanos. La función de la pintura moderna es la de ir ante todo más allá del objeto. Sin duda se puede conseguir con los medios usuales. Brueguel el anciano, y Vermeer de Delf, para no citar sino ejemplos que pueden tomarse como típicos, han alcanzado lo absoluto, sin traicionar con signos exteriores su despego y su facultad de transposición. Pero ¿es necesario seguir por esto al pié de la letra el ejemplo de esos maestros tan puros, cuando una poética pictural nueva nos presta medios de expresión más adecuados al espíritu de nuestro tiempo? Es realmente lamentable que la joven generación de pintores desconozca, como parece, todas las adquisiciones de la ciencia del arte contemporáneo. En vez de buscar como lo han hecho maestros antepasados una perfección técnica conforme a un cánon de belleza inmutable, nosotros exploramos con igual simpatía todas las zonas y todas las regiones de la actividad artística humana. Un eclecticismo tan consciente y tan reflexivo que nos obliga poco a poco a precisar nuestro punto de vista sobre una obra de arte. Nosotros le pedimos que sea plenamente expresiva, es decir, de expresar toda la voluntad creadora del artista. Si la obra satisface esta condición, se nos impone. Ahora bien, esta voluntad de expresión parece faltar a los expositores del salón de Otoño, de los cuales algunos son hábiles juglares incapaces de justificar a los ojos del público la razón de ser de sus *tours de force*. ¿Que decir, por ejemplo, de los desnudos de Favory y de Lothe? Por distintos que puedan ser los talentos de estos dos artistas, cito sus cuadros, vigorosamente modelados, como ejemplos característicos de la confusión que reina hoy en día en el espíritu de gran número de pintores. El desnudo de Lothe está pintado en colores locales; sus sombras grises se aferran sobre los volúmenes sin hacer parte integrante de ellos. El desnudo, más cálido, de Favory, está compuesto sobre una diagonal. Ese sabio trozo puesto en perspectiva, atestigua una ciencia, sino vana, por lo menos vanamente utilizada.

G. FOURNIER — Paisaje.

Si en los tiempos de Rubens el conocimiento profundo de la perspectiva y de la anatomía. debía permitir a los pintores expresarse con mayor soltura, si la manera de representación adoptada por los barrocos era conforme a su estética, a su estado sensible y mental, un arte tan descriptivo y tan material como el que representa el desnudo de Favory, no corresponde ya a ninguna necesidad.

El arte del mármol

A los jóvenes escultores a quienes la Academia enseña de todo menos a esculpir.

Para ser escultor de verdad, para crear obras que posean el carácter esencial de este arte conservando su virtud emotiva, debe parirse el concepto, la idea, en la materia misma en la cual se piensa realizarla definitivamente.

¿Cómo puede pretenderse que lo que fué visto, madurado y ejecutado en la arcilla oscura y blanda, siga conservando su eficacia plástica al ser trasladado a una materia tan substancialmente distinta, — blanca, transparente y dura, — como es el mármol? La eficacia de la obra plástica, ¿no depende acaso de los valores de claroobscuro que producen los relieves y las cavidades con que el artista ha dado forma a su estatua? Por lo tanto es absurdo creer que tal cavidad que producía tal sombra en la arcilla, reproducida en el mármol repita el mismo efecto, claro, vivo y resplandeciente.

¿Cómo pretenden, entonces, encontrar en la tierra blanda todos los recursos de elaboración y de modelado, los rasgos incisivos que han de infundir vida al mármol y que no podrán surgir sino venciendo su dureza?

Veamos lo que sucede en las estatuas que vemos hacer diariamente. El artista modela su estatua en arcilla. se atormenta y angustia (considero el caso de un artista honesto) buscando los relieves que deben dar vida a las formas que ha concebido su mente. Después de torturarse en esa búsqueda y estando medianamente satisfecho de su obra se la entrega al formador para que se la pase al yeso. Primera metamórfosis, primera violación. La forma, que antes se modelaba en una materia blanda, untuosa y obscura, hela allí transformada en una materia rígida, blanca y opaca; todos los valores de luz y sombra están alterados, así como los relieves; la obra ha cambiado perdiendo esa atmósfera general que toda estatua crea a su alrededor.

El artista desconoce su obra y no sabría decir si su fracaso es debido a su incapacidad o a la alteración causada por la nueva materia. Pero falta aún una segunda metamórfosis y una segunda violación: el yeso es confiado a un esbozador (pone puntos) para que comience su traslado al mármol. Entonces vemos que del blanco, opaco y rígido yeso, los relieves son transportados mecánicamente, séame permitido decirlo, bestialmente, a la nueva materia, viva, sonora y espléndida, dura pero no antipática como el yeso, al contrario, suave a las caricias de la luz. Nueva y profunda alteración de todos los valores de claroobscuro y de efecto general. Nueva angustia, nuevo tormento para encontrar los relieves. El pobre artista no puede sino asistir impotente al fracaso de su obra. Generalmente ignorando en absoluto la elaboración del mármol se ve obligado a confiar su estatua, hasta su completa terminación, a manos mercenarias, y cuando cree poder dar los últimos toques decisivos se encuentra con que los principales valores, los que eran el sostén de su obra plástica, están definitivamente comprometidos. No teniendo sino un conocimiento superficial del mármol y poca práctica de su elaboración, no podrá dar jamás a su obra la frescura y vibración de vida que tenía al salir de sus manos.

Agreguemos que por esa misma ignorancia y el poco amor al mármol, confía la adquisición del bloque a la mala fe de cualquier comerciante, quien, como quiere la naturaleza humana y especialmente la raza de los comerciantes, cuida más el buen resultado de sus negocios que el de las estatuas de los otros, de manera que el escultor, nueve veces sobre diez, se encontrará con un bloque de mármol que, ni por composición química, ni por dureza, ni por resistencia a los agentes atmosféricos, ni por efecto de coloración corresponderá a las exijencias materiales de la obra concebida. He aquí la historia de la mayoría de esas estatuas que llenan exposiciones, plazas y cementerios y que tienen el desagradable aspecto de copia, de cosa muerta, es decir, que en ellas la factura no traduce más la intención directa del estudio.

. . . . . .

Otro era el procedimiento de los maestros antiguos. Ellos comenzaban por ir en persona a las canteras y con la pericia de gente habituada desde la infancia a tratar con mármoles, elegían el bloque de acuerdo a la obra que pensaban ejecutar.

BARAT LEVRAUX — Desnudo.

En cuanto al método que seguían para ejecutar sus obras se puede tener por cierto, a pesar de la diferencia de épocas y de escuelas que pudiesen existir, que siempre y para todos, el arte del escultor consistió esencialmente y fundamentalmente en esculpir.

No creo existan comprobantes sobre el método seguido por los griegos, pero por el carácter de su arte, por todo lo que se sabe respecto a los estudios de aquellos artistas, se puede presumir que este fuera también su procedimiento. Debían preparar algún boceto a *grosso modo*, en yeso u otra materia rígida, a fin de fijar las proporciones principales de la figura, y su ritmo general, y el equilibrio de las grandes masas. Hecho esto, lo harían reproducir por un práctico, a *grosso modo*. en el bloque de Paros o Pentélico, sobre el cual, apenas esbozado, intervenía el artista, es decir, el escultor. Este, a fuerza de cavar y de escuadrar, sin ninguna necesidad de servirse de los *puntos*, por simple triangulación, hacía poco a poco y con sabia armonía, surgir una figura perfecta.

No era otro el procedimiento de Miguel Angel, como podemos verlo en el pequeño boceto del David (diez veces más pequeño que el coloso definitivo). A veces hacía un boceto muy concluido en sus detalles, pero no para transportarlo tal cual, con el sistema mecánico, copiando servilmente de la cera al mármol, sino únicamente para darse cuenta de todos los valores decorativos, el equilibrio de las masas y los detalles más o menos felices de modelado, de musculatura, de variedad anatómica, valiéndose para esto de su gran poder imaginativo, que le permitía ver en su pequeña estatuita de cera el efecto del gigante que luego extraería del bloque. Por otra parte la existencia del esbozo que se exhibe en la Real Academia de Florencia, atestigua que él usaba también el procedimiento que hemos atribuído a los griegos. Lo importante es saber que Miguel Angel — ¿y quién mejor que él? — afrontaba el bloque de mármol con todo el vigor de su gran ímpetu creador.

Ningún escultor tuvo más que él el firme convencimiento de que el arte del escultor consistía en esculpir, y así toda su obra parece salir de su heróica voluntad contra la rudeza del mármol. Ningún modelado que traicione el hundirse del pulgar en una materia blanda.—

También en las esculturas de Donatello se siente la factura directa del mármol, enriquecida por recursos imprevistos, justamente porque todo está comprendido en la naturaleza tratada. ¿Dónde encontrar un tallador de piedra más sincero que el rudo Jacobo de la Quercia?

Una prueba de lo dicho es Antonio Cánova. Se sabe que acostumbraba hacer trasladar al mármol con *puntos* sus estatuas perfectamente concluídas, de ahí esa invencible sensación de rigidez que producen sus obras, aunque concebidas siempre con un alto pensamiento, precisamente por culpa de la mecánica elaboración.

En resúmen, y no nos cansemos de repetirlo, la escultura es ante todo el arte de esculpir, el arte de hacer palpitar la vida por medio del ingenio y la mano, y el escultor que no sabe esculpir es como el pintor que no sabe pintar, la costurera que no sabe coser, o peor, que no sepa cortar. En otros términos, es una contradicción y un absurdo.

Adolfo WILDT

(De *El Arte del Mármol*; — traducción de Nicolás Lamanna).

BIBLIOGRAFIA

"Cartas a una mujer sobre la Anarquía"-Luis Fabbri -Editorial "La Protesta"

La Editorial LA PROTESTA, con una paciente labor de abeja, fiel y constante al propósito, otras veces anunciado, de intensificar, mediante el libro, la difusión del pensamiento anarquista, acaba de dar a luz un nuevo volúmen de indiscutible importancia y que viene por consiguiente a aumentar el número de la serie que lleva ya publicados con el mismo fin.

"Cartas a una mujer sobre la Anarquía" es un hermoso libro de propaganda netamente anarquista que nos trae a la mente el recuerdo de las primeras proposiciones anarquistas que llegaron azarosamente a nuestras manos hace ya, de ello, veinte años. De esta fecha datan estas hermosas cartas de Fabbri que tienen la virtud de hacer revivir en nosotros el pasado entusiasmo y la invicta fe en el porvenir de nuestras ideas con aquella pristina convicción de los días felices en que radiantes de emoción abrazamos para siempre la causa eterna de la Anarquía.

Dirigidas realmente a una mujer, la que más tarde se uniera a Fabbri por los vínculos indisolubles del amor y la idealidad común, estas cartas que comentamos fueron diversas veces publicadas en Italia, la última de ellas en forma de volúmen en 1905. El éxito que tuvieron allí trascendió a los países extranjeros y no había en los países latinos camaradas estudiosos y conocedores del italiano que no supieran de ellas.

Comprendiendo la excepcional importancia que tienen dichas cartas, la Editorial LA PROTESTA las ha traducido y publicado por primera vez en castellano para que los camaradas, hablando este idioma, de éste y del otro hemisferio, puedan saborear las dulces palpitaciones de un sentimiento anarquista que fluye de ellas desde el principio al fin.

Leyendo "Cartas a una mujer sobre la Anarquía" nos acordamos también del insuperable opúsculo de Enrique Malatesta, "Entre Campesinos", por la sencillez de expresión y la forma elemental y convincente con que se exponen aquí nuestras ideas.

¿Por qué no se producen hoy, sino muy raramente, esas hermosísimas páginas de literatura anarquista que antaño fueran el encanto de nuestra juventud? No parece sino que la expansión dinámica de nuestro espíritu al bifurcarse conquistador entre las masas del pueblo, haya perdido aquella su primitiva fuerza de persuasión de los primeros iluminados del anarquismo.

Bien ha hecho nuestra Editorial en publicar las cartas de Fabbri en castellano porque ellas vienen a llenar un vacío no sólo en la parte que se refiere al poder de convicción que encierran sus páginas, sino porque dirigidas, como realmente fueron, a una mujer, ellas hablarán más elocuentemente que nada, al corazón de nuestras compañeras y también de los compañeros, ya que ambos hallarán en ellas incomparables sugestiones de amor, de belleza y cultura anarquistas. Y ellas adquieren a nuestros ojos más valor aun si pensamos que la joven que las inspiraría es hoy en día la compañera fiel de la vida de Fabbri como dice él mismo en el Prefacio de esta edición.

"Cartas a una mujer sobre la Anarquía" debe ser leído por nuestros camaradas de ambos sexos y difundido entre los simpatizantes y afines del ideal quienes hallarán contestadas, de antemano, las objeciones que comunmente oponen a nuestro criterio los espíritus ensombrecidos por la falsa educación del Estado y la hipócrita moral burguesa de la sociedad.

CRITÓN

UNA MUJER

No es nada, señor. Es una mujer en la vía pública, que pasa y se gana la vida porque es muy difícil hacerlo de otro modo. Un hombre se detiene y la habla, porque nos habéis dado la mujer, como un objeto de placer. Y luego, esta mujer es Berta, y bien sabéis lo demás. No es nada. Es un tigre que tiene hambre. El hambre de los tigres se parece al hambre de los corderos. Vos nos habéis dado los alimentos. Yo creo que este tigre es bueno, puesto que ama a la hembra y a los hijos y puesto que le gusta vivir. Pero ¿por qué el hambre de los tigres ha de tener necesidad de sangre, cuando es tan dulce el hambre de los corderos?

Hubo muchachos muy jóvenes, por cierto, que nada conocían y que iban a las mujeres con todo su corazón y su dinero. Hubo hombres de veinticinco años que las necesitaban, que las buscaban y que reían cuando las habían encontrado. Hubo hombres casados que pensaban: "Una aventurilla, una sonrisa, un capricho por esa que pasa, porque no se parece a la que yo esperaba". Hubo hombres de cuarenta años que la buscaban por higiene. Hubo los transeuntes, cualesquiera que fuesen, los que el destino escogía en aquel momento.

De Bretaña vino un hombre de cincuenta años para pasar ocho días en París a causa de un negocio. La noche de su llegada encontró a Berta. Cada noche la pagaba la cena, la llevaba al café concierto, y, aún, a veces, a un restaurant nocturno. De este modo conoció la vida de París, que no pudo conocer siendo joven, porque entonces no tenía dinero. Luego volvió a Bretaña, al lado de su mujer y de sus hijos con el corazón brillante y con los lábios húmedos.

Otra vez un hombre de treinta y cinco años le habló, tras haber necesitado un largo rato para acercarse a ella. Pasaron la noche en un hotel amueblado de la rue Saint Savin; él le dió quince francos y le dijo: "Antes de acostarte cíñete bien las cintas de la frente". Se acostó junto a ella y le besó los ojos: "De esta manera te pareces a una mujer que he perdido, a quien quise mucho". No hizo otra cosa sino esto; puso un brazo en la almohada, y reclinó la cabeza en el codo; ella se durmió y toda la noche le estuvo pasando la mano por las cintas de la frente. Hay corazones hermosos que se salvan.

Charles Louis PHILIPPE

UNA MADRE CRISTIANA

SE PIENSA COMUNMENTE QUE LA RELIGIÓN TIENE, POR LO MENOS, LA VENTAJA DE LLEVAR A LOS QUE SUFREN EL BÁLSAMO DEL CONSUELO. EL AUTOR DEMUESTRA QUE LA RELIGIÓN ENGENDRA LA RESIGNACIÓN Y NO EL CONSUELO. — EN APOYO DE SU DEMOSTRACIÓN, RELATA LO SIGUIENTE:

No olvidaré jamás aquella mujer enlutada que hace algunos años vino a mi encuentro y me dijo:

—Señor, soy la más desgraciada de las mujeres y sufro lo indecible.

Apenas pronunció estas palabras, comenzó a llorar amargamente y durante algunos instantes los sollozos la ahogaban y la impedían hablar.

Nunca había visto a esta mujer, que era la imagen del dolor y emocionado, confuso, me apresuré por hacerle sentar en una de las tres sillas de mi modesto mobiliario, rogándola se calmase y me hiciese conocer el objeto de su visita.

Relato lo más fielmente posible, pero resumiendo, la conversación que tuvimos.

—Señor, no siendo conocida de Vd., dispénseme haber entrado así en su habitación.

—No hay de qué, señora: mi puerta no está cerrada a nadie y está doblemente abierta a los que como Vd. sufren.

—Gracias. Pero ¿no es preciso que ante todo me dé a conocer?

—Es inútil completamente. Basta que seáis desgraciada. ¿En qué puedo serviros?

—Ah, señor; es una larga y trágica historia la mía. Es preciso que Vd. la conozca y temo abusar de vuestro tiempo.

—Hablad, os escucho atentamente.

—Pues bien: Tengo cuarenta y cinco años y soy viuda desde los treinta. No me he vuelto a casar; primero, porque la muerte de mi marido, a quien adoraba, me ha dejado durante varios años una tristeza dominante y después, porque era madre. De nuestra unión nacieron dos hijos. A la muerte de mi marido, el primogénito tenía diez años y el otro siete. Me consagré por completo a la educación de ambos. Sin ser enfermizos, han estado hasta 17 o 18 años bastante delicados. ¡Si supiéseis de cuantos cuidados los he rodeado! ¡Cuántas noches he pasado cerca de sus camitas cuando sufrían alguna molestia! ¡Qué inquietudes experimentaba desde que les aquejaba una insignificante enfermedad o simplemente cuando les encontraba de mala cara!

"Por suerte, mi marido me dejó una fortuna, que me ha permitido no rehusar nada a mis hijos y darles una instrucción completa.

"Hacia la edad de 18 años se volvieron muy sanos y puedo decir que, habiéndose dedicado a los deportes, eran robustos.

"Estaban educados. Uno se quería dedicar al comercio y el otro, que tenía de su padre los gustos artísticos, ejercitaba la pintura. Ambos me procuraban las más dulces satisfacciones y vivíamos los tres en la más perfecta unión. Yo estaba completamente tranquila sobre el porvenir.

"Hace cerca de tres años estalló la guerra, la horrible hecatombe, que arranca a las que les han nutrido, mecido, cuidado, educado, los jóvenes de veinte años, para enviarlos a la frontera, para lanzarlos a la batalla. Se vive en la angustia. No se hubiera osado guardarlos cerca, cuando las otras madres daban los suyos a la defensa de la patria atacada e invadida. ¡Mas, cuántas alarmas y ansiedades! Se leen los periódicos con avidez, se espera de un momento a otro la terminación de la guerra. Ah, señor, puede amarse a la nación y esperar la victoria, se puede ser patriota, pero cuando se es madre, verdadera madre, no se tiene más que un deseo: ver acabar la guerra de cualquier modo, volver a abrazar a los hijos y estrecharlos contra el corazón. ¿Francia victoriosa o perdida?... Ciertamente, yo deseaba la victoria y su derrota me hubiese afligido. Pero lo repito, porque es la verdad, no es este pensamiento el que me dominaba. Veía volver a los jóvenes, unos sin brazos, otros sin piernas, aquéllos sin ojos. Me informaba que tal madre había perdido a su hijo y que el número de muertos era enorme. No podía vivir. Creo lo hubiera sacrificado todo para que mis hijos volviesen sanos y salvos.

"Pues bien, señor, ambos murieron el mismo día en el mismo encuentro. Estaba contenta de saber que se hallaban juntos y esto me calmaba un poco. Y he aquí que uno ha muerto al lado del otro, al mismo tiempo. Hace ya seis meses que la noticia horrible me llegó y adquirí la certidumbre y la prueba de su muerte.

"¿No es horrendo, señor, y no soy la más desventurada de las mujeres ahora que estoy completamente sola en la tierra, con esta imagen que no me abandona, de mis dos hijos yacentes, lívidos, sangrientos, sobre el mismo campo de batalla?"

Lo que yo no relato aquí, es el tono de extremo dolor en el que me fué narrada esta historia: la voz sorda y dulce, el gesto perdido, al principio; después elevándose la palabra, fuerte y como vengadora, cuando esta pobre madre hablaba de la guerra y de las angustias que causa a las madres; en fin, este acento desolado, estos gestos cansados, estos ojos húmedos, este rostro surcado de lágrimas, estos hombros menudos, puntiagudos, levantados por roncos quejidos, todo este cuerpo adelgazado de dolor, cubierto de crespones y de luto, hablaba de su soledad, fijaba sus miradas sobre el suelo, como si en él viese los cuerpos exangües de sus hijos y se cubría el rostro con sus manos crispadas, como si no pudiese soportar tal espectáculo.

Mudo ante este impresionante abatimiento, esperé. Me preguntaba lo que esta madre podía esperar de mí, porque no podía suponer que hubiera llegado hasta mí, un desconocido, por la sola necesidad de hacerme confidente de sus dolores.

—Señora, le dije, os compadezco de todo corazón. Haga el favor de continuar y decirme lo que puedo hacer en su caso.

Dudó algunos momentos, se concentró y continuó:

—Mi hijo mayor me habló de Vd. Antes de la guerra asistió a dos de sus conferencias. Debo decirlo. Educado en la religión católica, no participaba de vuestras ideas. Pero era un noble corazón, una naturaleza amante, un espíritu abierto, y por más de un punto, vuestras teorías le habían interesado y hasta seducido. Se sentía, me decía, atraído hacia vuestra teoría social y, si hubiese vivido, no me hubiera sorprendido que más pronto o más tarde la hubiera abrazado.

"Le digo esto para hacerle saber que, sin haberlo visto ni oído nunca, le conozco un poco. Es por lo que estoy aquí".

Algunos segundos de silencio y continuó:

"Vd. me ve muy confusa y vacilante, porque no sé cómo decirle lo que he venido a hacer en su casa."

—No se turbe, señora; hable sin temor; no busque rodeos; diga lo que tenga que decir, sencillamente, y esté segura que la he de comprender.

—La muerte de mis hijos me lanzó en un profundo dolor, que me impidió comer y dormir varios días. Estaba como loca y me pregunto hoy sino hubiera valido más que lo hubiera sido por completo. Poco a poco, sin embargo, mi pena se hizo menos aguda. Soy creyente, pero no de esas beatas que pasan el tiempo en la iglesia o en la sacristía, pero, educada en el convento, he cumplido siempre los deberes que nos prescribe la religión católica.

"Pedí a Dios, no el olvido, cosa imposible, sino la disminución de mi pena. Esperaba encontrar algún consuelo en la oración. Desde que la guerra había alejado de mí a mis hijos, redoblé mi piedad e iba con frecuencia a ver a mi confesor. El confesor, señor, es el médico del alma, y mi alma estaba tan inquieta, tan atormentada por el pensamiento constante de mis hijos, expuestos a los peligros todos, que experimentaba frecuentemente la necesidad de ir a consultar al médico de mi alma. Sacaba de cada consulta un poco de fortaleza y energía.

"La muerte de mis hijos estimuló al principio mi devoción. Pasaba cada día horas enteras en un rincón sombrío de la iglesia, viviendo con mis dolores y recuerdos, evocando los días benditos en que, con su padre, formábamos los cuatro la familia más unida y dichosa. Asistía todas las mañanas a la misa que hacía rezar por el reposo de sus almas. Pedía a Dios que me llamase a su seno o que hiciese descender en mi pobre corazón herido la consolación y la esperanza que tanto precisaba. Tuve un momento en el que estuve a punto de ceder a los consejos de mi confesor., que me instaba para entrar en el estado religioso. Al entrar en mi casa, en que hasta el más ínfimo objeto me recordaba a los que había perdido, no podía hacerme a la idea de que estuviesen muertos y, por momentos, me parecía que iban a volver y les esperaba.

"Por todo consuelo, mi padre espiritual me repetía incansablemente las mismas palabras. No cesaba de decirme que debía inclinarme sin murmurar ante la voluntad de Dios, que sólo él sabe a quien es bueno y justo dar hijos y a quien es justo y bueno retirarlos. Intentaba consolarme, repitiéndome que todos volveríamos a reunirnos en la patria celestial; hasta me decía que debía regocijarme pensando que mis hijos habían muerto cumpliendo su deber por el bien de la patria.

"Mi piedad se adaptaba a este llamado a la resignación, pero mi corazón de madre se rebelaba sordamente contra el mandato de este Dios que, en lugar de dejarme mis hijos, me los arrebata, diciéndome tan sólo: "Los verás en el otro mundo!"

"En resúmen, he hecho todo lo posible por consolarme, sin conseguirlo. Mi dolor, lejos de calmarse, es más vivo que nunca. Sufro más y más de mi soledad y del vacío de mi existencia; nada viene a llenar la cima que la desaparición de todos los que amaba ha abierto a mi paso. No sé qué hacer ni qué pensar. Nada me interesa; mi cabeza está vacía, no pienso más que en mis hijos asesinados.

"Soy como el náufrago que busca la tabla de salvación sin poder alcanzarla. ¿Para qué sirve la religión, señor, si no llega a consolarnos? ¿Para qué creer en Dios, fuente de toda esperanza y de todo consuelo, si, a pesar de todas las súplicas que le dirijo, no procura a mi alma ni luz ni esperanza, ni fuerza consoladora..."

—La religión, señora, es impotente, en efecto, para introducir el consuelo y la esperanza en un corazón desolado y desesperado como el vuestro. El único poder de la religión es el de resignar, es decir, de encaminar a la sumisión a las pobres criaturas de su doctrina. La fe no ha consolado verdaderamente a nadie, y vuestro ejemplo, vuestras acciones, vuestros pensamientos, vienen a fortificar esta verdad negativa.

—¿Qué hacer, entonces, señor, para huir de la obsesión de este recuerdo, de este sentimiento que no me deja un minuto de reposo? Dadme un consejo. Ya sé que ningún poder en el mundo es capaz de devolverme a mis seres queridos y comprendo que ellos vivirán en mi corazón hasta mi último suspiro. No pido olvidarles, sino solamente vivir menos torturada por el recuerdo lancinante de su pérdida.

—Tenéis razón, señora; nadie puede devolveros a vuestros hijos. Llorad, puesto que las lágrimas hacen bien, pero no os limitéis a ellas y recobrad el ánimo.

"Para que vuestro dolor se calme, basta que os consagréis un poco a una misión noble, generosa y difícil, que os apasionará. El vacío de vuestra vida será así colmado en parte. Hasta ahora no habéis sido más que la madre que vivía para sus hijos; sobre ellos habéis concentrado todas vuestras ternuras y ellos han sido la grande, la única pasión que ha inspirado toda vuestra vida. Es preciso que otra pasión os domine ahora, y que, bella, fuerte, sublime, sea en lo futuro la animadora de vuestros pensamientos y actos. La causa que podéis servir es fácil de encontrarse, mejor dicho, está bien indicada: es la de todas las madres que educan hoy a sus hijos bajo la incesante amenaza de una guerra que se los arrebatará. Porque es la guerra, sacrílega y maldita, que ha asesinado a los vuestros, y es la guerra de mañana, tan criminal y execrable como la de ayer, la que asesinará a los hijos que crecen.

"Levantáos contra la guerra; levantad contra ella los corazones maternales.

"Instruída, independiente, sacando de vuestro propio dolor las inspiraciones que provocan y refuerzan la convicción, ¡qué sublimes acentos encontraréis y cuánto bien podréis hacer!

"En el cumplimiento de esta misión, y nada más que en ella, encontraréis el consuelo y la esperanza que os rehusa la religión.

"El cielo está vacío, sólo poblado de quimeras cuyo cultivo hace vivir secularmente al sacerdocio de todas las religiones. La tierra está llena, llena de sufrimientos y males: mentiras, miseria, opresión, injusticia, odio. Cesad de vivir en las quimeras y hacedlo con las realidades y, en la medida de vuestras fuerzas, trabajad para que estas realizaciones lleguen a ser: verdad, abundancia, libertad, justicia y amor.

"En esta labor, erizada de dificultades y peligros, pero de incomparable atracción, encontraréis la esperanza y el consuelo de que vuestra alma está sedienta."

. . . . . .

No he vuelto a ver a esta señora. ¿Qué es lo que ha hecho? No lo sé y nunca me he preocupado de ello.

Recuerdo esta conversación porque encierra esta certidumbre: "La Religión no consuela".

Sebastián FAURE.

EDITORIAL "LA PROTESTA"

OBRAS EDITADAS POR ESTA CASA Y EN VENTA EN ESTA ADMINISTRACION

Perú 1537 — B. Aires

Los Anarquistas—Estudio y réplica..... $ 1.—

Temas Subversivos — Doce conferencias sobre diversos tópicos..... $ 1.50

Mi Comunismo (La Felicidad Universal) Obra de actualidad $ 2.—

El Estado (Su rol histórico)—El Estado Moderno—Conferencias de KROPOTKIN-Primer volúmen $ 0.50

Cartas a una Mujer sobre la Anarquía- Interesante opúsculo $ 0.50

FOLLETOS

Sembrando Flores (Novela) $ 0.30

La Ukrania Revolucionaria —Un viaje de estudio, por AGUSTIN SOUCHI..... $ 0 30

En Ukrania—La Sublevación Popular y Anarquista..... $ 0.10

Resoluciones de la Conferencia de las Organizaciones NABAT de Ukrania..... $ 0.10

La guerra y el proletariado

El interés económico no basta para explicar el fenómeno de la violencia, fenómeno que lleva en sí el deseo de dominación de los hombres, sufrido, por nosotros, desde hace siglos. Otras razones hay de un orden más elevado que el interés material, y que son diariamente sacrificadas por los individuos en aras de la bestialidad de sus impulsos.

Por lo demás, el proletariado posee un medio excelente e inmediato para trabajar en pro de la paz del mundo. Y es el de renunciar a la corrección brutal y a la injuria a los niños.

Sobre la esencia del federalismo en oposición al centralismo

Versión española de la conferencia pronunciada por Rudolf Rocker en el congreso de Erfurt

IV

Al mismo tiempo cada guilda y cada ciudad quedaba como un organismo independiente, que disponía de su propia caja, poseía su propio tribunal y podía concluir o deshacer pactos con otras corporaciones, según su propio juicio. Sólo la comunidad de intereses unía con otras corporaciones para la realización de tareas comunes en que todas estaban interesadas. Los representantes de las guildas y de las ciudades no tenían ninguna especie de violencia ejecutiva; tenían solamente que exponer las propuestas de sus organizaciones y recibir los puntos de vista de las organizaciones hermanas que habrían de presentar a la asamblea plenaria de sus miembros y explicar. La guilda misma tomaba después sus resoluciones o sancionaba los pactos convenidos.

La ventaja de este sistema consistía en que cada miembro individual de una guilda, como sus representantes en las comunas, podían, fácil y completamente, ver todas las funciones en su eficacia. Cada uno obraba y hallaba resoluciones en cosas que conocía exactamente y sobre las que podía pronunciar su palabra como conocedor y entendido. Compárese esta institución con nuestros parlamentos centrales y corporaciones legislativas, y entonces surgirá claramente su superioridad moral. Ni los modernos electores ni el hombre que los representa supuestamente en el parlamento son capaces de poder abarcar completamente o siquiera de un modo aproximativo el monstruoso mecanismo del aparato político central. El diputado está obligado a decidir diariamente sobre docenas de cosas que no conoce en absoluto y en cuya apreciación debe abandonarse siempre a los demás. Que un sistema semejante lleva necesariamente a las peores injusticias y a los peores males es indiscutible. Y puesto que el elector, por los mismos motivos, no está en situación de poder controlar y abarcar la actividad de su sedicente representante, viene la clase de los parlamentarios profesionales, que hacen de la política un negocio, para ser antes capaces de pescar en río revuelto y abrir de par en par las puertas a toda corrupción.

* * *

Pero aparte de estos males notorios, la representación central es también el peor de los impedimentos para todo progreso social y está en contradicción directa con todas las leyes de la evolución natural. Sabemos que todo progreso social se realiza primeramente en un pequeño círculo y tan solo poco a poco llega a la comunidad. Por esta razón el federalismo es la mejor garantía del desenvolvimiento ininterrumpido de las cosas en tanto que da a cada comuna la posibilidad de tomar dentro de su propio medio todas las medidas que considera necesarias para los intereses de la generalidad de sus conciudadanos. Por consiguiente, está en situación de proceder inmediatamente a los experimentos prácticos y su ejemplo actúa animando y excitando a todas las comunas vecinas, que de este modo son capaces de estudiar las innovaciones sociales que se presentan prácticamente y de convencerse personalmente de su conveniencia.

En los sistemas representativos parlamentarios de nuestro tiempo esto está completamente excluído. Supongamos, por ejemplo, que los electores de un determinado distrito electoral están en absoluto de acuerdo con el programa práctico de un cierto partido y que expresan su satisfacción entregando la casi totalidad de sus votos a los candidatos del partido correspondiente. Con esto no se ha conseguido nada, pues esa comuna no está desde ningún punto de vista en situación de expresar su propia voluntad mediante experimentos prácticos dentro de su propia esfera de acción. El representante elegido está obligado a viajar a la capital para ocupar allí su puesto en el parlamento central. Pero allí se encuentra con sus opiniones, que son las opiniones de sus electores también, en una desesperante minoría. Está en la naturaleza de las cosas que en tales corporaciones las comarcas más atrasadas han recibido la mayoría de los representantes. Es decir, en lugar de adelantarse las comunas más avanzadas y celosas a las demás con el ejemplo práctico, se opera precisamente lo contrario, la más chata mediocridad rompe las alas al espíritu y las comarcas más retrógradas encadenan a los grupos humanos que están culturalmente en un grupo más elevado. Y el mejor sistema de elecciones no puede cambiar nada este hecho; al contrario, contribuye aún además a formar un estado de cosas más burdo, como hemos visto bastante claramente en Alemania desde el reconocimiento del derecho del sufragio a las mujeres. El germen reaccionario de las cosas está justamente en el sistema de representación central y no tiene absolutamente nada que hacer con las formas más o menos desarrolladas del derecho electoral.

Justamente estos cambios notorios de los modernos sistemas representativos han inducido a algunos revolucionarios, que no han comprendido el fondo de la realidad, a rechazar por principio, toda votación. Hasta en nuestras propias filas hay un número de compañeros que se han rendido a ese error y quieren ver en la votación un fenómeno consecutivo del centralismo. Naturalmente, esta es una interpretación totalmente falsa, compañeros. Se confunde un principio con una acción totalmente técnica.

Aclaremos primeramente, dónde son aplicables y dónde son necesarias las votaciones, y dónde no tienen justificación alguna; o con otras palabras, dónde puede ser para nosotros obligatoria la resolución de una mayoría, y dónde no. Mientras se trate de asuntos técnicos, de cuestiones de administración y de otras cosas de importancia secundaria, la votación y la resolución de la mayoría que resulta de ella es un método completamente justo y necesario para llegar a determinadas decisiones. Por la votación se declara la opinión de la mayoría de los compañeros y esto es necesario si queremos obtener un resultado en diversos problemas. Pertenezca a un pequeño grupo anarquista o esté adherido a una gran sociedad sindicalista, una cosa es indiscutible: Yo me he asociado a esos camaradas por voto libre. Nos hemos unificado en nuestros principios fundamentales y en los métodos de la conducta que se derivará de ellos. Pero no indica que debemos defender en todos los problemas el mismo punto de vista. Hay mil cosas en que se puede por motivos de pura conveniencia tomar una u otra decisión. En tales casos se adhiere todo hombre razonable a las resoluciones de la mayoría, aún cuando no estén completamente penetrados por sus particulares apreciaciones. ¿Por qué es esto posible? Porque estamos asociados unos a otros por una convicción común y para la realización de la misma marchamos unánimemente. El uno quiere eso mismo que los otros, y porque estamos unificados en los principios resulta que nos es difícil ir de acuerdo en los asuntos de secundaria importancia, aunque nuestras opiniones no sean en ellos las mismas en todos los puntos.

El problema del socorro de huelga, que ocupó a muchos congresos precedentes, y que está hoy de nuevo a la consideración de los compañeros, nos ofrece en este concepto un ejemplo palpable. Cualquiera que sea el voto del congreso en este asunto, y cualquiera que sea la tendencia que reciba en la votación de la mayoría, por ahora es completamente indiferente. La huelga es para nosotros un importante medio de lucha, aunque debe experimentar en el porvenir una forma diversa a consecuencia del cambio de la situación económica. Estamos aún obligados a hacer huelgas, y para las huelgas hace falta dinero. Estamos mandatados sobre la solidaridad de los distintos organismos locales y por consiguiente se examinarán todas las proposiciones en que esta relación nos fué hecha. Pero sea cual fuere la resolución que se tome en este asunto, todos reconocemos la resolución, lo mismo si armoniza con nuestro punto de vista personal o no. Entre hombres razonables no es otra cosa posible.

Pero hay otras cosas en que no puede decidir una votación, en que toda resolución de una mayoría sería un absurdo, una opresión desconocedora de toda justicia. Este es el caso en que se trata de asuntos de conciencia, de problemas de la más íntima convicción. Tales cosas naturalmente no pueden ser solucionadas por simples resoluciones de las mayorías. En los asuntos de conciencia, todo sistema de votación ha perdido su derecho; lo que es en los asuntos cotidianos algo natural, sería aquí un crimen contra el espíritu. Donde se trata de convicciones, solo la experiencia, el ejemplo práctico, el cambio racional de ideas, puede ayudar, y nada más. En este caso, el primer deber entre los hombres libres es apreciar honradamente la convicción de sus semejantes y no forzarles de ningún modo. Tomemos un ejemplo concreto: estamos reunidos aquí porque un fin común una convicción común nos asocia unos a otros. Esa convicción común es el pacto tácito que nos reunió. Si ahora debiera desarrollarse inmediatamente de nuestro medio una mayoría que quisiera utilizar nuestra organización para fines que contradicen directamente sus objetivos originarios, eso sería una gran falta contra los principios más elementales de la confianza recíproca que fundamenta toda organización. Puede suceder que un hombre cambie su opinión y en el convencimiento más honesto. Pero en ese caso se debe exigirle que deje la organización a la que anteriormente había estado ligado por su convicción y que no se empequeñezca como mistificador de sus compañeros de otro tiempo. Todo intento en este caso para querer conquistar por medio de las resoluciones de la mayoría ventajas de alguna especie es un engaño manifiesto y una opresión brutal de la minoría, cuya confianza se había vergonzosamente engañado. Por esta razón es tan repulsiva la "táctica de las células" de los comunistas porque se engaña a los miembros de una organización con algo distinto a lo que en realidad se persigue y se destruye sistemáticamente toda confianza mutua. La táctica de la "Compañía de Jesús" trasladada al movimiento obrero es indigna de un partido socialista y debe llevar a las peores consecuencias. El que cree deber justificar tal procedimiento debe también considerar justificada la misión del espía que se introduce en la organización para entregar a sus miembros a la policía.

Creo haber señalado con este ejemplo dónde tienen justificación las votaciones y las resoluciones de la mayoría y dónde nunca pueden reconocerse. Si vemos claro una vez sobre estas cosas, entonces recibe tan solo el principio del federalismo para nosotros su justa significación y no está constantemente en peligro de llegar a convertirse en una caricatura. Por tanto debemos también comprender que las resoluciones adoptadas en el sentido indicado por mí deben ser mantenidas, no sobre el terreno de una fuerza exterior, sino sobre el terreno del sentimiento de la responsabilidad personal. No puede por consiguiente ser procedente tomar resoluciones que no serán mantenidas. La costumbre de algunos camaradas en la comarca de Koeln, que creen justificada en el nombre de la "libertad individual" de tomar cada cinco minutos una resolución y poder según su capricho mantenerla o romperla, es un fenómeno que contradice todos los principios del federalismo y ni siquiera es armonizable con los fundamentos del más burdo particularismo; pues también el particularismo está asociado a determinadas resoluciones. Tampoco dudo aquí de la buena intención de los camaradas, pero soy de opinión que esas costumbres debieran liquidarse para siempre.

Hay dos formas de convivencia social: hay una convivencia cuyas particulares conformaciones son dictadas a los hombres de arriba a abajo por un poder central de una especie cualquiera, — llámese Estado, Iglesia o dictadura del proletariado. Y hay una convivencia que se desarrolla libremente de abajo a arriba y encuentra sus bases naturales en los intereses comunes de los hombres y en las manifestaciones de su recíproca solidaridad. La expresión de la primera forma de la convivencia humana es la ley; la expresión de la segunda es el libre acuerdo. La ley es impuesta a los ciudadanos desde arriba, lo mismo si están de acuerdo con ella o no; el libre acuerdo es el resultado de su propio desenvolvimiento y corresponde a la esencia interna de sus necesidades sociales naturales y de su sentimiento de la responsabilidad personal.

Pero también el más libre acuerdo reconoce resoluciones y decisiones. Y las resoluciones que los hombres libres han tomado entre sí deben ser mantenidas, sino debe ser hecha ilusoria toda federación. Ahora bien, trátese de las resoluciones de un congreso, de una sociedad local o de un grupo anarquista, los hombres que adoptaron tales resoluciones están moralmente comprometidos a mantenerlas. La moral social, que no fué dada por el Estado ni por la Iglesia a los hombres, sino que se ha desarrollado poco a poco por medio de millares de años de costumbres, usos y modos de proceder, ha mantenido siempre en alto el principio de que la palabra dada a los amigos debe ser honradamente respetada. Puede ser que más tarde reconozca que he sido precipitado; pero como hombre con sentido de responsabilidad sabré mantener mi palabra.

Ahora bien, camaradas, una resolución no es nada más que una palabra dada frente a mis compañeros de ideas. Y lo mismo que yo espero que mi compañero

El amor de los capitalistas al prójimo

mantenga la palabra que me ha dado, espero también de mis compañeros que una resolución adoptada en común por nosotros, sea por todos nosotros respetada. Claro está, también las resoluciones mejores pueden mostrarse más tarde como falsas. Y cada uno de nosotros no es más que un hombre. Pero ese es ya el lado favorable de nuestras resoluciones, que no son adoptadas para la vida entera, sino sólo para un determinado período. Podemos aprobar una resolución después del más maduro exámen, pero después de un cierto lapso de tiempo nos señala la experiencia práctica que debe ser cambiada. Mas en tanto que estemos reciprocamente comprometidos, debemos atenernos a nuestra palabra. De lo contrario no hay ninguna colaboración común, ninguna confianza mutua y sería mejor que cada uno siguiera su propio camino y no ingresara nunca en una organización.

También sobre esto nos ha dado el congreso un ejemplo concreto. Ya en 1897 había decidido un congreso que debía ser introducido obligatoriamente por los grupos locales el órgano del movimiento en aquella época. Esta resolución fué también aplicada al "Syndikalist", el órgano actual del movimiento. Nadie que tenga sus cinco sentidos sanos interpretará mal esta resolución. El "Syndikalist" era, por decirlo así, el lazo espiritual del movimiento, y había naturalmente un interés en que como órgano, se hiciese accesible a todos los miembros.

Si algún congreso hubiera aprobado una resolución consistente en que a parte del "Syndikalist" no podría ser fundado ningún otro órgano, habría sido eso una grosera ruptura con las condiciones más elementales de un movimiento federalista. Pero una locura semejante no fué defendida por nadie. Era claro que con la evolución del movimiento, los sindicatos industriales particulares o las organizaciones de determinados distritos se crearían órganos propios para poder expresar mejor sus intereses particulares o los de la propaganda local. En este caso debía ser modificada la resolución adoptada antes. Estas son cosas completamente naturales que pueden ser liquidadas siempre entre compañeros, supuesto que no se interpreten de una parte o de otra motivos falsos ni se lleve el problema al terreno de las pequeñas porfías personales, con lo que naturalmente, sólo se dificultará la sencilla solución del problema. Y en un caso parecido hablaría a los camaradas de mi grupo local o de mi federación más o menos así: Esta resolución no fué cambiada en ninguno de los congresos anteriores, y eso es una prueba de que no se presentó ninguna necesidad. Pero hoy las circunstancias están de tal modo que no puede existir más la vieja resolución en su concepción originaria y por consiguiente debemos tratar de modificarla en un próximo congreso.

Compañeros, si podéis señalarme un camino en el que las cosas se regulen de otra manera, estoy cordialmente dispuesto a adherirme a vuestra opinión. No estoy de ningún modo dotado de ergotismo; pero no podemos acudir constantemente a los congresos, a las reuniones de la federación, o a donde sea, para hablar al viento, y después hacer cada uno lo que corresponda a sus repentinos caprichos. Esto no es federalismo, es separatismo, una mera caricatura de los principios federalistas.

La forma de organización federalista es comparable al organismo humano. El cuerpo humano es por decirlo así una federación de miembros particulares de los cuales cada uno llena su función especial e independiente. La colaboración armónica del corazón, del hígado, de las células del cerebro, de los nervios y de todos los demás órganos es la primera condición para la vida y la prosperidad del organismo entero. Ningún miembro salta de la serie, todos llenan una función especial. Doquier hallamos la mayor independencia en el ejercicio de la función especial y al mismo tiempo la armonía natural de todos los órganos en el cuadro del conjunto. El estómago no lucha contra el hígado ni el corazón contra los pulmones, y si acontece alguna vez ese caso, se halla la explicación en perturbaciones patológicas que o bien son prontamente subsanadas o bien deben llevar al organismo entero tarde o temprano a la muerte. Cada órgano existe para sí, pero al mismo tiempo y en medida más elevada, para la totalidad, de la que saca sus fuerzas vitales. Y a causa de esto, sus funciones especiales son apreciadas y determinadas no sólo por su existencia individual sino también por la existencia del conjunto.

Puede haber compañeros que realicen una actividad en pequeños grupos de ideas anarquistas dentro de grandes organizaciones sindicales. Están en su derecho y no tengo absolutamente nada que censurar a estos camaradas que siguen un camino semejante. Pero que no se entreguen a la ilusión de que en esas pequeñas organizaciones están abolidos los deberes para con la totalidad. También en los pequeños grupos se adoptan resoluciones y se entra en relación con otros grupos. Y para ello son necesarias las resoluciones, y es necesario que esas resoluciones sean mantenidas y ejecutadas. Si no es este el caso, sucederá lo que desgraciadamente hemos experimentado ya a menudo: las conferencias y los congresos se terminarán inutilmente y deberemos año tras año machacar y discutir de nuevo los mismos problemas a que nos fuerza la necesidad práctica, queramos o no. Lo que de esto resulta lo sabéis vosotros tan bien como yo: desánimo entre los compañeros, dogmatismo mecánico y veleidades pesimistas de toda suerte.

Si me planteáis el problema de si el federalismo contiene en sí un principio realmente perfecto e impecable, os he advertido ya antes que no. Nada hay perfecto en esta tierra, y sería una loca ilusión creer que haya una panacea para todos los defectos y deficiencias. No, esto está excluido, camaradas; también el federalismo tiene sus debilidades, pues es obra humana y puede desmentir como todas las demás su origen. Pero la experiencia práctica e histórica nos ha demostrado que de todas las formas de organización es la más relativamente completa, ya que ha sabido reunir en armónico connubio la iniciativa y el sentimiento de la personalidad del individuo con el instinto de la dependencia. Y en esto consiste su superioridad espiritual y social frente al principio mecánico del centralismo.

Después del gran período de cultura socialista en Europa, que duró más de quinientos años, — en el siglo XV y en el XVI desapareció por fin, surgió de sus escombros algo nuevo. Otros fenómenos se presentaron en el escenario de la vida social que supieron abrirse poco a poco su camino en la realidad. La decadencia de la vieja sociedad federalista fué condicionada por causas distintas; sin embargo fué una violenta decadencia y no un desfallecimiento gradual como han sostenido los mejores de nuestros historiadores. Kropotkin tiene completa razón cuando dice que se puede calificar el ajusticiamiento de un hombre después lo mismo que una muerte natural. La invasión de los pueblos extranjeros en el oeste y en el suroeste de Europa y las guerras y conquistas asociadas a ella han dirigido esa caída y provocado poco a poco una nueva forma de la organización social, opuesta por completo a la vieja. Además vinieron nuevas formaciones de clases y tempranos influjos capitalistas en el seno de la vieja sociedad que iluminaron el proceso de su hundimiento. El moderno período de los Estados se inició y junto con él se desarrolló el principio de la centralización social.

Ya en el seno de las viejas ciudades, en el período de su decadencia cultural, se desarrollaron las primeras formas del capitalismo, y junto con éste apareció también el Estado como protector político de un nuevo sistema económico fundado en la explotación sistemática y metódica de las grandes masas. Y puesto que está en la naturaleza del capitalismo hacer objeto de su influjo dominios cada vez más amplios, el Estado debió también aceptar poco a poco formas cada vez más expansivas. Así nació en medio de continuas luchas y guerras sangrientas el gran Estado moderno, el llamado Estado nacional. El Estado destruyó violentamente las instituciones en que se habían materializado, por decirlo así, la libertad y la independencia de las viejas federaciones. Si esto no pudo realizarse de un tirón, se realizó en lapsos de tiempo más y más cortos, pero siempre con el propósito de extirpar de raíz en la primera ocasión los últimos restos incómodos de las viejas formas federalistas de la sociedad.

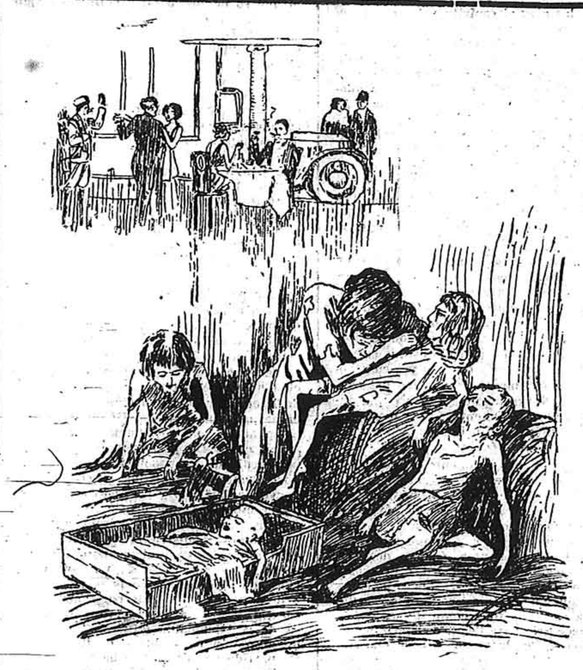
Mientras que antes la vida entraba al organismo social procedente de millones de puntos distintos y lo llenaba todo la actividad creadora e hirviente, ahora se concentraron más bien las energías sociales en las capitales de los nuevos Estados, para ser distribuídas desde allí mediante canales artificiosos. En lugar de la rica variedad de la vida de la sociedad federalista interrumpida, tuvimos la inflexible e insípida unidad del esquema mecánico y del modelo osificado; en lugar de la organización viviente, la muerta mecanización de las fuerzas. La tutela del poder central dominó poco a poco todas las esferas de la vida social y aniquiló sistemáticamente los últimos rastros de la autonomía comunal y de la independencia. Las guildas fueron despojadas de sus viejos derechos y apenas pudieron prolongar una existencia miserable en forma de gremios castrados a los cuales se les había desprovisto de todas sus anteriores funciones. En lugar de los viejos tribunales de las guildas se presentaron los tribunales del Estado con sus jueces impuestos por el Estado. Así como la Iglesia tenía su teología, el Estado creó una nueva teología del "derecho", — la jurisprudencia — en la que murieron todos los conceptos de derecho natural tan irremisiblemente como toda inspiración religiosa en los extravíos de la llamada sabiduría divina. El viejo derecho consuetudinario fué suplantado por la sabiduría de los párrafos de las leyes. Donde antes se hacían valer los intereses de la totalidad, se extendió la supuesta razón de Estado que debía servir como insignia a los intereses particulares de las clases privilegiadas.

Por medio de un complicado sistema de impuestos que en realidad no fué ni es nada más que el despojo legalizado de las masas, centralizó el Estado en sus manos el gran poder financiero que aplicaba en la supuesta protección de los ciudadanos, aunque en verdad solo servía para la defensa de sus propios intereses. El súbdito ordinario fué el engranaje muerto de un monstruoso mecanismo puesto en movimiento por los detentadores del poder central para cumplir su misión antipopular. Donde antes tenían un puesto la reflexión personal y el acuerdo mútuo, predominó desde ahora la orden ciega de arriba, que no soportaba contradicción alguna y que exigía ciega obediencia en los de abajo.

El moderno Estado representativo ha llevado al extremo todos estos males e hizo de la ley el objeto de un nuevo culto, como no se conoció otro tal en la historia. Ya los precursores espirituales de la gran revolución francesa estaban poseídos, hechas pocas excepciones, de un rabioso legalitarismo. Montesquieu dijo que la libertad del ciudadano sólo puede existir en los cuadros del Estado y ser garantizada exclusivamente por las leyes; hasta se agota el concepto de la libertad en estas cuatro palabras: "Obediencia ante la ley". Y Rousseau, que ejerció el más grande influjo en los conductores de la revolución, estaba tan embriagada por la ilusión de la omnipotencia de las leyes, que escribió: "Aquel que se propone dar instituciones a un pueblo debe sentir en sí la fuerza para modificar por decirlo así la naturaleza humana, para transformar cada individuo, para cambiar la concepción de los hombres y fortificarlos, en una palabra, debe tomar a los seres humanos sus propias fuerzas y darles fuerzas extrañas".

Esta siniestra fe en el poder de las leyes y en el poder casi sobrehumano del legislador se extiende como un hilo rojo por todos los discursos y las asambleas de los estadistas jacobinos e hizo a éstos casi insoportables para hombres con inclinaciones libertarias. "El legislador ordena el futuro, — grita Saint Just a la Convención, — su misión es querer lo bueno, su tarea és hacer a los hombres como él quiere que sean".

(Continuará)



Las armonías económicas del capitalismo

¡APARECIÓ!

"Cartas a una mujer"

Usted, compañera, debe leer este libro; es de suma utilidad y no debe faltar en ninguna biblioteca obrera.

LA EDITORIAL "LA PROTESTA" ha editado y puesto en venta el importante opúsculo de Luis Fabbri: CARTAS A UNA MUJER, primera edición en español. — Un tomo de 112 páginas, $ 0,50

...Aún en el mejor de los casos, la ley se vuelve, en definitiva, contra aquellos cuya suerte quisiera mejorar, porque resulta que toda reglamentación es un arma de dos filos. — R. GONNARD